

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 30

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL ESPERANQUE, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

EL LUPULO.

El lúpulo crece naturalmente en Europa, en los setos y orillas de los bosques. Cultivase en Francia, Inglaterra, Alemania y Flandes, para recoger una especie de conos escamosos, que se hallan al pie de los lúpulos-hembras, donde nacen las flores de este mismo sexo. Estos conos ó vulvos despiden un olor muy semejante al del ajo, y un sabor que aun siendo muy amargo, nada tiene de desagradable.

El uso principal del lúpulo es para la fabricación de ciertas cervezas, pero también lo emplea la medicina. Los conos de que hemos hablado son la parte de la planta que mas se usa, bien que las hojas y sumidades tienen también su utilidad. Es opinión general que la cerveza con lúpulo no está expuesta á formar piedra, y de ello varios médicos han concluido, y también de ciertas esperiencias hechas en Londres, que esta ciudad contiene mucho menor número de personas atacadas de afecciones calculosas de que hacen uso del lúpulo; antiguamente llegó hasta á creerse que esta planta tenía la propiedad de espulsar los cálculos de los riñones y de la vejiga, pero hace mucho tiempo que los médicos han conocido la falsedad de esta opinión. Lo que hay probado es que el lúpulo es muy diurético. En otro tiempo se aplicaba también en fermentación á los dolores resultantes de la gota, luxaciones y contusiones; pero entonces hacíase hervir en cerveza. Se emplean las raíces y conos del lúpulo por la propiedad que tiene su principio amargo de dar tono al estómago. Hácese disolver dicho principio, ya en alcohol, ya en agua caliente. El extracto de lúpulo por medio del agua caliente, se prepara como el té ordinario. Se echa mano de este tratamiento en el escorbuto, escrófulas, raquitis, y particularmente en las erupciones y enfermedades de la piel. En ciertos pa-

ses del Norte la tintura alcohólica y el extracto del lúpulo se prescriben á la manera del opio. En el mismo Norte cógense los tiernos vástagos del lúpulo á principios de la primavera, y los sirven á la mesa en vez de espárragos, y aun los prefieren á los últimos, pues según dicen son estos menus sabrosos.

Finalmente, para no omitir ninguno de cuantos usos principales tiene el lúpulo, diremos que la corteza de su tronco da una grosera hilaza que entra en la fabricación de las cuerdas.

Los frutos del lúpulo por su inmensa aplicación en las fábricas de cerveza, forman en el día un ramo considerable de comercio, y su cultivo ha sido objeto de la atención de los agrónomos. Vamos á presentar en pocas palabras los parmenores de su cultivo.

En una tierra ligera, bien que bastante crasa, al abrigo de los vientos y en una exposición hu-

corta el lúpulo á unos tres pies del suelo, se arrancan al mismo tiempo los conos ó vulvos.

Para conservar el fruto del lúpulo, se pone á secar con prontitud en hornos, ó de otra manera análoga; luego para impedir que dicho fruto en lo sucesivo se pulverice, se extiende en estancias aireadas y secas, donde recobra su elasticidad. Finalmente lo ponen en sacos.

Los ingleses, que mas que las otras naciones han perfeccionado la cultura del lúpulo, no se contentan con reunir por medio de estacas los troncos del lúpulo en densas masas, como lo indica la lámina, sino que han sustituido á esa especie de setos unos emparrados ó empalizadas, sostenidos por una línea de pértigas verticales que sostienen otras colocadas en dirección horizontal. Dichas empalizadas con exposición al Mediodía, llénanse mas presto de hermosos fru-



Cosecha del lúpulo.

meda, se colocan en unos agujeros dispuestos al tresbolillo, y distantes de unos seis pies, varias plantas vigorosas cortadas de las robustas cepas de un viejo plantío. Al segundo año despues de haber cortado los tallos cerca del suelo, se hacen trepar los nuevos y tiernos vástagos á lo largo de altísimos rodrigones, que á veces tienen treinta pies. Dos meses despues de la florescencia se halla ya el lúpulo maduro. El tiempo mas propio para la cosecha, es cuando las escamas de los frutos han dejado el color verde y tomado un color oscuro. Entonces, como se ve en la lámina que va unida á este artículo, se

tos, que se cogen por medio de escalas á medida que van madurando.

Finalmente, en estos últimos tiempos se han sustituido á los rodrigones ó estacas de madera, barras de hierro puntiagudas, por ser mas favorables á la fructificación, y su acción se explica comparándolas con los pararrayos. No hay duda que la intensidad de la corriente eléctrica que circula por el hierro, debe acelerar la vegetación del lúpulo.

EL PRIMER PILOTO MALDENSE.

En el siglo XVI no había ningún piloto en la erizada costa donde está edificada la pittoresca ciudad de Saint-Malo; así que sucedían numerosos siniestros frecuentemente, y los capitanes experimentaban siempre cierta alarma cuando descubrían la punta del cabo y las masas negras de la Couchée y de Cezembre.

Cezembre es una isla de un cuarto de legua de circunferencia.

Suelo de granito cubierto de tierras de labor, no se ve hoy allí más que un puñado de aduaneros, conejos de un exquisito sabor é innumerables lagartos grises de cola hendida.

Pero en el siglo XVI se encontraba allí una especie de granja pequeña, cedida por la ciudad de Saint-Malo por un arrendamiento muy bajo, y la poca subvención de la manutención de dos bonitas vacas y algunas ovejas.

Los fuertes vendavales que reinan en aquella costa, han hecho abandonar aquella explotación.

El personal que habitaba la granja se componía del padre Marcouf, de su mujer, de Francisco y Pedro María, sus dos hijos, y de Juanita, su sobrina, huérfana de diez y seis años, que había recogido cuando tenía seis meses, y cuya tacea era ir dos veces por semana al mercado de Saint-Malo, á vender la manteca, el queso y los huevos que no se consumían en la quinta.

Juanita era una linda rubia, de rostro ovalado, en que resaltaba la malicia y la alegría. Su primo Francisco se había anticipado á enamorarse de ella; pero según sucede comunmente, los votos de la jóven se hubieran dirigido mucho mejor á Pedro María.

Desde su llegada á la granja, Juanita se había hecho la mediadora entre su tío, un poco melancólico, y aquellos á quienes amenazaba algún regaño. Preciso es decir que las réprimendas paternales, casi siempre iban dirigidas á Pedro María.

Consistía en que el padre Marcouf, rudo para el trabajo, no sufría que no se trabajase con el mismo ahínco á su alrededor. Y si con respecto á este punto no debía haber más que alabanzas para la musculatura y el ánimo de Francisco, no sucedía lo mismo respecto á su otro hijo.

—El mozo tiene buen apetito, decía á la madre Marcouf, está constituido como un Hércules; está en sus veinte años, y hay derecho á exigirle su parte de trabajo y de fatiga. Si no se dedica á labrar, que use las redes; que vaya á pescar, que concorra al mercado; el pescado se convierte allí en dinero. ¿Pero á qué conduce eso de soñar sobre esos papelucos, que pretende son el plan de la costa? (Como si el fuviera bastante malicia para contar nuestros escollos, nuestros bajos, nuestras corrientes, nuestras contracorrientes, y lo demás! ¿Qué es eso de echarse al agua cuando hay temporal, y largarse entonces á alta mar, como para tentar á Dios y lanzar un reto á la tempestad? ¿Qué saca de eso? Mústiles ratos, remos fuera de servicio, vélamen hecho trizas, huz que cese eso, ó le envío á la marina del Estado, y allí verá si el hombre ha sido criado y puesto en el mundo con el único objeto de beber, comer, dormir y soñar.

La madre Marcouf, que como se ve todavía hoy entre los aldeanos de Bretaña, escuchaba las palabras de su marido con recogimiento y respeto, y jamás se hubiera permitido contradecirle, padecía con aquel estado de cosas, tanto más, cuanto que conocía que el padre Marcouf tenía razón.

Ya muchas veces ó escondidas había exhortado á Pedro María á seguir el ejemplo de su padre y de su hermano. Pedro María parecía que se había afectado por los liernos avisos de su buena madre; había llenado su lancha de todos los enseres de la pesca; había partido resuelto á exterminar todos los pescados que había una legua á la redonda, y había vuelto con las redes secas y las cestas vacías.

Lo más particular era que parecía no sentirse avergonzado de su inutilidad; llevaba tan alta la frente como si hubiese desempeñado satisfactoriamente su tarea; y cuando el mal humor de su padre se dejaba conocer por algún enérgico

juicio, cuando su santa y bondadosa madre volvía á la larga y le recordaba sus consejos, parecía siempre sorprendido, y le hacía enrojecer su orgullo herido cuando sospechaban de él que fuese perezoso.

—No hay aquí más que una cosa, dijo un día la madre Marcouf á Juanita; nuestra condición le disgusta; dirige sus miras á mas altura; quiere ser sacerdote. ¿No le has oído muchas veces alabar extraordinariamente á los que se consagran al servicio de sus semejantes, que sacrifican á ellos sus bienes y su vida? ¿Y no has observado cómo brillan entonces sus grandes ojos azules, y como se eleva? Cuando habla de ese modo, se diría que crece seis pulgadas.

Todavía hoy, para una infinidad de gentes en Bretaña, tener un sacerdote en su familia es como un título de nobleza, y á la buena madre Marcouf no la hubiera disgustado tener aquel honor.

A aquella declaración sonreía Juanita. —Tía mía, dijo, tiñéndose su rostro y cuello de un vivo carmin; no creo que mi primo piense en hacerse abate; además, necesitaría saber leer.

—Los apóstoles no lo sabían, y sin embargo, eran los apóstoles, replicó la buena mujer; mas despues de todo, he ahí acaso la causa de sus sueños; ¿eso nada importa! Todavía hay dinero bastante para enviarle á aprender á leer y escribir á Saint-Malo.

La linda doncella meneó la cabeza. Es atroz, se dijo, cuando los padres han pasado ya del tiempo de los amores, no piensan que uno pueda llegar á enamorarse. También es preciso que yo conserve puro mi corazón.

Al día siguiente había mercado. Comúnmente era Francisco quien llevaba su prima al mercado, y quien volvía con ella. Esta vez Juanita pidió á Pedro María que la condujese. Fue un golpe contra el corazón de Francisco, tanto más, cuanto que le pareció que su hermano preparaba la lancha con una presteza extraña.

A pesar de los huevos, los tarros de esquisita crema, las tortas de buena manteca depositadas en el fondo de la lancha, Juanita, linda como una flor con su gran toca, su corta basquiña y su delantal, se asió con presteza á la barra, mientras que el jóven, izado el trinquete, cogía con sus manos la escota y largaba al punto.

Cuando el viento es bueno, no es larga la travesía entre Cezembre y Saint-Malo; media hora, tres cuartos de hora á lo más.

Aquel día el viento era magnífico; se hubiera podido abandonar el timon, y sentados en la popa conversar como en su casa.

Durante cinco minutos, tuvo esperanza Juanita de que sucediese así, y tenía pensados los victoriosos argumentos que debían obligar á su primo á explicarse claramente. A los cinco minutos siguientes hizo ver como con indiferencia que se podría hacer. Al cabo de un cuarto de hora, no siendo la paciencia su fuerte, y disminuyendo á ojos vistos la distancia que había que recorrer, se decidió á preguntar á Pedro María si no tenía alguna confidencia que hacerla respecto á la carrera que hubiera escogido, ó respecto á otras cosas.

Pedro María, absorto por una profunda meditación, estudiando los diferentes matices del agua, sondando el abismo con sus miradas, no la oyó al principio.

Despechada y mortificada Juanita, le tiró del cuello de su blusa y le obligó á volver la cara. Pero cuando su primo, con el aspecto mas tranquilo la preguntó qué quería, los magníficos argumentos colocados de reserva se desvanecieron como el humo; por la primera vez de su vida se sintió intimidada, y aunque debiese depender de ello su salvacion, le hubiese sido imposible abordar el objeto que se había propuesto poner en claro, es decir, llevar á su primo á una franca y excelente declaración, por lo que el jóven doncella no podía en duda el amor de Pedro María.

Salió del apuro con un gesto de mando, y habiendo continuado la lancha su marcha, arribó antes que ninguna explicacion hubiese podido tener lugar.

De mal humor y apesadumbrada Juanita, cogió su canasta, la colocó sobre la cabeza, sosteniéndola con una mano, y la otra descansando en la cadera, lindamente arrebatadora en aque-

lla postura, y se dirigió al mercado, donde sus ordinarios parroquianos la encontraron aquel día tenaz y desabrida como jamás lo eslabo. Era preciso que los géneros de Cezembre tuviesen fama en la plaza, para que Juanita volviese con sus tarros y cestas vacías.

La jóven deseaba y temía la vuelta. Es necesario que hable, sin embargo, pensaba, y quiséramos qué es lo que tiene en su corazón aquel buen señor.

Inquieta y cortada, se volvió á embarcar. El viento favorable para la partida, no lo era completamente á la vuelta; sin ser absolutamente contrario, obligaba á borsear; esto anunciaba un pasaje de una hora.

Fue un consuelo para la jóven; una hora, el tiempo que había de tardar en volver, era mas de lo necesario; muchas cosas se pueden decir en una hora; y se puso á recapitular para sí las dulces palabras que se podían decir en una hora, las enamoradas miradas que se podían dirigir, y los dulces suspiros.

Excitada la imaginacion, palpitando el corazón, resonando aun en sus oídos las galanterías con que jamás dejaban saludarle los señores de la ciudad; riquiebro que oía con la altivez de una duquesa, pero que á la menos le confirmaban en la idea de que podía ser amada, Juanita, con una voz cuyo eco trémulo era ya una confesion, interpelló de nuevo á su primo.

—¡Eh! la contestó con el cuerpo inclinado fuera del buque; ¡callate!

Juanita, cortada, suplicó la que recibía de tal modo la atención de Pedro María, y no vió mas que los ojos, variadamente matizados, es verdad; ¿pero qué interés podía tener aquello?

—¡Ya la tengo! ¡Ya la tengo! exclamó el jóven, con el rostro radiante y húmeda la pupila; ¡tal vez!... Si, héla ahí, ancha, profunda, sinuosa; pero ¿qué importa, una vez conocidas las sinuosidades? Conduciré por ella un navío de alto bordo; una fragata halará en ella como el jóven en el día de su boda; bien sabía yo que la encontraría.

En lugar de poner el timon hácia Cezembre, siguió el paso que había descubierto, volvió atrás, examinó las rocas que podían servirle de mira, dirigió la proa á alta mar, repitió muchas veces la misma maniobra, como para entrar en bien de aquella corriente; luego, cuando quedó ya en su memoria trazada con tal claridad como si fuera un camino en tierra firme, arrojó su sombrero en el aire, dirigió una oracion en acción de gracias á la Virgen, y volvió á tomar el camino de Cezembre.

Sorprendida hasta el mas alto grado de la exaltacion de Pedro María y de su conducta, Juanita le creyó loco, y concibió por ello el miedo mas completo que jamás sintió una muchacha; no atreviéndose, pues, á decir una palabra, temblando al aspecto del cielo que se oscurecía y del mar que se embravecía, con los ojos vueltos hácia la quinta que parecía danzar ante ellos como un muchacho retozon, y huir cuando parecía que iba á tocar al término de aquel fatal viaje, Juanita, cuando desembarcó, estaba mas muerta que viva, y no pudo hacer mas que deshacerse en lágrimas cuando fué interrogada sobre su retardó en volver.

Esto no podía satisfacer á máese Marcouf. Desde las cuatro, hora en que la barca debía estar de vuelta, hervía en su corazón la cólera, y al ver á Pedro María prorumpió en invectivas, que acaso hubiesen cambiado en vias de hecho si el jóven se hubiese permitido la menor respuesta; pero oyó á su padre con el mas respetuoso silencio; luego, con ademan resuelto, se atrevió á dirigirse hácia él, coger con fuerza su callosa mano y apretarla entre las suyas.

—Padre, le dijo, tienes el derecho de quejarte; pero tratame de haragan si en adelante no me dedico al trabajo con tanto ahínco como Francisco. No te digo más que esto; tú me verás obrar.

Había tanta seguridad y confianza en la mirada y en las palabras de Pedro María, que res fantinando aun, el padre Marcouf tomó su escudilla de sopa y se puso á comerla sin decir una palabra, mientras la buena madre elegía de la olla el mas hermoso cogollo de berza, que deslizaba en el plato de Pedro.

Solo Juanita, un poco humillada por no ha-

ber podido llevar á cabo su empresa, y muy asustada por las extravagancias de su primo, conservaba su aire inquieto, y cuando Francisco se sentó á la mesa común, se puso á examinarle con mas atención que hasta entonces lo había hecho, lo que quitó el apetito al pobre mozo.

Mientras la familia hacía honor á la comida de la madre Marcouf, las amenazas de tempestad que no habían contribuido poco al susto de Juanita, habían ido en aumento; el viento había arreciado rápidamente, la mar rugía, las olas se coronaban de espuma; en peligro se hallaba el que se encontraba en el mar.

Esto se decía en Cezembre al tiempo que cerraban herméticamente los huecos que podían dar paso al viento.

De repente resonó á lo lejos un cañonazo; se presta atención; un segundo cañonazo sucede al primero; luego otro, hasta cuatro; es una voz que pide socorro en un momento supremo; es algun navío extranjero arrojado hácia la costa, y que va á perecer allí.

¡Ay! ya lo hemos dicho: esas terribles catástrofes no eran cosa rara; no hacía todavía mucho tiempo que un magnífico buque de tres puentes, de costados esbeltos y arboladura graciosa, había encallado en las rocas de Salidar, entre San Servan y Saint-Malo, y habían perecido tripulación y pasajeros, y se habían perdido todos los efectos.

Siempre que sucedían tales siniestros, causaban una consternación general; pero no se conocía remedio que los evitase; y cuando se oía el cañonazo de socorro, las mugeres oraban, y los hombres graves y tristes sobian á las murallas, y con el corazón violentamente agitado bajo su ruda corteza, y los puños cerrados por la convicción de su impotencia, seguían anhelantes con las miradas la terrible marcha del buque hácia su perdición.

Al llamamiento de un navío pidiendo socorro, Pedro María había levantado la cabeza; un relámpago había iluminado su hermosa frente; sus ojos se habían dirigido hácia una imagen de la Virgen, en gran veneración en la quinta; luego, grave y resuelto, se había levantado y salido de la casa.

—¿Dónde vas, hijo mío? le había preguntado la madre Marcouf con solicitud.

—Sin duda á volver á entrar en la lancha, se había encargado de responder el padre.

Pero cuando al cabo de un cuarto de hora no le vieron volver, la buena madre se sobresaltó; el padre volvió á comenzar sus grufimientos, sin que aquella vez intentase Juanita apaciguarle, y Francisco salió para tocar la boeina y traer á su hermano.

Apenas estaba á veinte pasos de la habitación, cuando un tremendo grito atrajo á todos fuera.

Francisco, pálido y agitado, señalaba al mar, donde Pedro María, en la más pequeña de sus lanchas, saltaba sobre la cima de las olas; parecía á cada instante tragado por el abismo, y reaparecía intrépido é invariable en su ruta hácia el navío perdido.

La madre Marcouf y Juanita cayeron de rodillas, incapaces de hablar y ni siquiera de orar, mientras que los hombres, mudos por el terror á la vista del inminente peligro que corría Pedro María, le seguían con una mirada fascinada y espantada.

Entretanto el buque extranjero, lanzado por un vendaval furioso, avanzaba rápidamente hácia los escollos. La tripulación estaba silenciosa y obedecía á la manobra, sin esperanza alguna de escapar á la muerte.

En vano consultaba el capitán sus cartas marinas, é intentaba seguir nuevo rumbo; á cada momento el vigía señalaba rocas de que las cartas no hablaban, y el pobre buque, lanzado por los vientos como una pelota, giraba sobre sí mismo y parecía una ánima en pena, intentando en vano escapar á la destrucción.

—¡Una lancha á babor! dijo el vigía.

—Un salvador, dijo para sí el capitán.

Echaron cables; cincuenta brazos se tendieron en un segundo, Pedro y su lancha fueron izados á bordo.

—¡Un niño! dijo el capitán descorazonado.

—¡Un niño que os salvará! dijo Pedro con esa energía que lleva la convicción á los corazones.

Y apoderándose del timón, hizo virar, ya á babor, ya á estribor, obedeciendo la tripulación sus órdenes como si no hubiese otro amo que él, y dejándole el capitán obrar, convencido de que un momento antes se perdía, y creyendo de su deber no perder ningún medio de salvación.

Pedro María, seguro de salir adelante, orgulloso con la idea de que todos aquellos hombres iban á deberle su salvación, se dirigió á ganar la gran corriente que había estudiado aquel mismo día, se mantuvo en ella á pesar de los vientos, la siguió, y tuvo la inefable dicha de conducir al puerto aquel navío, perdido sin él.

Los marineros le miraban con respeto, creyéndole un ángel enviado por el bondadoso Dios.

El capitán le apretó la mano y le elogió extraordinariamente.

Las gentes de Saint-Malo, testigos de lo que había pasado, le llevaron en triunfo hasta la casa del malve, donde se le decretó un navío de honor, 4,200 francos de pensión, y el título de primer piloto malcoense, con encargo de instruir otros.

Vuelto á Cezembre, su madre le besó las manos; el padre Marcouf tuvo que bajar la cabeza, comprendiendo el empleo que su hijo había dado á las horas de pereza, y recordando sus reprensiones; Francisco le felicitó de todo corazón, y Juanita se dijo por lo bajo: ¡su alma está ocupada!

En efecto, aquel animoso y digno mancebo, dedicólo completamente á la tarea que había elegido, no se casó; mas fué el padrino del primer vástago que nació del matrimonio de Juanita y de Francisco, y este niño fué quien le sucedió.

Desde entonces, la ciudad de Saint-Malo no ha carecido de pilotos, y ninguno, puede decirse en honor de la humanidad, ha faltado al rudo deber que impone su cargo.

UN CASINO EN PROVINCIA.

Había una veintena de personas en una pequeña ciudad, que habían resuelto introducir en ella todas las costumbres de Madrid. Desgraciadamente no habían tomado hasta entonces de la capital del reino mas que algunas modas nuevas y muchos defectos antiguos.

Uno de ellos, que pasaba por una cabeza privilegiada, dotada de genio y de organización creadora, había llevado de uno de sus últimos viajes la idea de fundar un casino, y la realización de este proyecto no podía menos de engrandecerle todavía mas en la opinión de sus conciudadanos.

Fué á visitar á todos los que pensaban como él, y como él eran partidarios de la imitación, y dijo á cada uno:

—Ellos tienen por allá su casino. ¿Por qué no hemos de tener nosotros el nuestro?

Uno solo, vacilante todavía en su convicción, se atrevió á responder:

—Porque ellos viven allí, y nosotros vivimos aquí.

No obstante, la idea hizo suerte, se verificó la fundación, y todos los días los transeúntes que veían á los obreros ocupados en restaurar la casa elegida por los miembros del casino, decían deteniéndose ante ella con admiración:

—Es ese diablo de *** quien dirige todo este negocio. Ese hombre irá muy lejos, será nombrado corregidor el día menos pensado, y todavía alguna otra cosa mas.

A los seis meses, la población masculina de la ciudad de *** no comprendía cómo había podido vivir hasta allí sin un casino.

En cuanto á las mugeres, cuya sociedad se encontró muy pronto reducida á algunas acaudaladas, no comprendían que podían vivir con semejante institución, y maldecían al fundador del casino tanto como sus maridos le bendecían.

Para estos últimos era aquel un manantial de placeres; en primer lugar placeres de vanidad, luego de vanidad, y por último de vanidad.

En realidad la vida del casino era fastidiosa hasta hacerle á uno morir de tedio. Pero al menos hacía decir á los otros: «Este es un mien-

bro del casino,» lo que lisonjaba maravillosamente la imaginación y los oídos.

Ademas el casino se encontraba naturalmente al frente de todas las manifestaciones públicas. Así, en ciertos días era el casino el que tenía la más bonita iluminación en sus balcones, inclusa la gefatura civil; la más linda colgadura, incluyendo tambien la gefatura civil; la orquesta más magnífica en los días de baile, inclusa, todavía otra vez, la gefatura civil. Por otra parte, como la azotea ó el balcon corrido del casino dominaba la glorieta ó pasco público, se subían á él los socios y miraban desde allí la gente y eran mirados por ella.

Luego, podían decirse por la noche, después de haber pasado una hora en sociedad con su muger ó su madre, sociedad que se encontraba enojosa y se hacía posada: ¡vamos al casino!

Después, en una discusión sobre política ó cualquier otra materia, se tenía el derecho de pronunciar estas palabras: «no es eso lo que se decía ayer, á hoy, en el casino,» y de este modo se hacía escuchar, y la generación jóven no vacilaba en daros la razón. Algunos espíritus rutinarios se permitían persistir en sus ideas; pero se les consideraba como imaginaciones infelices.

Como los placeres del casino eran infinitos, después de los de la vanidad venían los de la pereza.

No había necesidad para ir á él de ataviarse con esmero, de ponerse frágil; nadie estaba obligado á afeitarse por la mañana para estar limpio á la noche; los guantes eran mirados como una superfluidad; estaban dispensados en la conversacion de usar de un lenguaje muy pulido; en fin, para completar todo, hasta podía cada cual sentarse á sus anchas, pasear á su gusto, hablar á su satisfacción, callarse como tuviera por conveniente, dormir con toda comodidad, escupir cuanto quisiera y fumar á su modo.

Llegaban por último los placeres de la inteligencia. El casino recibía cada año de un gabinete de lectura de Madrid unas treinta novelas nuevas, cuya lectura, saboreada lentamente durante algunas horas del día, ó terminada en algunos instantes, según la fortaleza del lector, proporcionaba materia durante todo un año para reflexiones, meditaciones, comentarios, discusiones, y sobre todo proporcionaban la crítica á los letrados de la sociedad. Encontrábase allí lo escogido en literatura, y solo los títulos fascinaban la imaginación: *Ernestina ó una novela en el fondo del mar*, por una princesa estrangera; *El hombre del puñal*, por un conde; *Las memorias de un condenado*, por Mad. de Beautez; *Una pasión terrible*, por Habiano; *La vizcondesa de Florimonda*, por el vizconde de Castelpers, etc., etc. El casino estaba suscrito á seis periódicos diarios: *El Diario de los equívocos*; *El Camorrista*; *El Calidóscopo político*; *El Parlante* de los casinos; *La Gaceta* de los apasionados á la lectura, y *El Intratable*. Los artículos de fondo sobre la insurrección china ó sobre las campañas de Souleque, hacían las delicias de los políticos; las noticias de teatros, las relaciones de robos y asesinatos, la chismografía sobre las pretendidas intrigas de un «mundo bello imaginario» las carreras de caballos, las grandes hazañas de «la domadora de Berna», alimentaban las imaginaciones un poco gastadas de los jugadores.

El juego era el último y el mayor de todos los placeres. Preciso es confesar tambien que la sociedad de las mugeres era muy fastidiosa en la ciudad de ***. Las mugeres no tenían absolutamente la inteligencia varonil. A las altas cuestiones de diplomacia preferían los hechos de poca monta que interesaban á sus familias; se divertían con la charla de sus niños. Hallaban placeres en su conversacion y en sus juegos; amaban el orden, la economía, la constancia, la cortesía; exigían que se usase un lenguaje prudente y maneras decentes delante de sus hijas y de ellas mismas; no les agradaba que escapiesen en la chimenea, y todavía menos en el suelo; que las llegase al rostro el fragante perfume del cigarro; que tirasen su sombrero enteramente mojado sobre sus muebles; que se pusiesen á caballo sobre una silla en su presencia; que estendiesen sus piernas sobre el asiento de los sillones.

Ademas con sus miradas, que parecían no ver nada, podían observar que no llevasen la camisa blanca ó que no tenían las manos limpias.

Por último, como no las agradaban las cartas mas que mediantemente, preferían los juegos infantiles y jugaban con una prudencia capaz de desesperar. No conocían todavía las fascinadoras evoluciones del golfo ó las terribles emociones de los azules de la banca; jugaban para divertirse y no para enriquecerse; todavía no habían cesado de ser mugeres. Ciertamente, costumbres semejantes no podían proporcionar á un hombre mas que una felicidad muy imperfecta. Iban, pues, á completarla al casino.

¿Qué diferencial se encontraban por la noche fatigados de algun trabajo ó de nada. Se comía, se concedía algunos instantes á la familia, y luego iba al casino. Los prudentes permanecían hasta las once en él; los jóvenes hasta las tres ó las cuatro de la madrugada. Luego cada uno se acostaba y dormía; se levantaba, pasaba el día de esta ó la otra manera, y volvía al casino.

Y esto les enorgullecía, se creían hombres, se figuraban emancipados de la tiranía femenil. Los hombres de una edad media, frecuentando el trato con los jóvenes, adquirían sus maneras y su lenguaje, y vice-versa. Los unos estaban encantados y esperaban rejuvenecerse; los otros estaban altivos y se conducían como hombres maduros.

Se perdía allí dinero, lo cual al principio inquietó, y muy pronto se encontró ya satisfacción en tener deudas de honor, aun sin recursos para pagarlas. Perdióse allí el espíritu de familia y la antigua veneración al hogar doméstico. Adios las dulces alegrías de la vida privada, las tiernas expansiones, las íntimas confianzas; adios el culto á los dioses penates, la poesía de la casa y del sonreír de los niños, jugando en la habitación con los animales domésticos; adios las sencillas conversaciones de los antepasados, el trabajo de la hermana, los consejos de la abuela; adios la paz del corazón, la sabiduría del alma. Los lazos se relajaban, la unión perdía cada día de sus hábitos felices, y si el bondadoso genio guardián de la familia iba todavía á sentarse al triste hogar, era para ver languidecer á la madre en la ausencia del esposo, soñar á la joven doncella esperando la venida de su prometido, y llorar á los niños contristados al irse á acostar sin abrazar á su padre.

Pero tambien la ciudad de *** tenía un casino, y no evadía ya á Madrid mas que su título de capital de la monarquía....

EL REGALO DE BODA.

CUENTO DE HADAS.

En la aldea de *** donde todas las mugeres son hadas, ninguna era comparable á Rosalia, y aunque era la mas pobre, todos los jóvenes la preferían para casarse. De modo que sus jóvenes compañeras estaban muy impacientes deseando verla hacer una eleccion, porque mientras Rosalia no se casase, se veían abandonadas y no se hacia ninguna boda en la aldea.

El padre de Rosalia, viéndose apremiado á elegir un yerno entre tantos jóvenes de la vecindad, á quienes no queria descontentar, respondió que daría su hija al que encontrara para ella y la llevase como regalo de boda lo que hay en la tierra de mas antiguo y de menos duracion, mas admirado y peor tratado, que habla sin voz y que no es útil sino despues de su muerte.

Así que el padre se habia explicado así, todos los pretendientes se pusieron á pensar sobre aquel asunto, y se repartieron por diversos lados para buscar lo que se les pedia.

Unos se retiraron á una profunda soledad, á fin de meditar libremente sobre aquel gran misterio, los otros iban de sitio en sitio y preguntaban á todos los transeúntes si sabían lo que habla en la tierra de mas antiguo y de menos duracion, mas admirado y peor tratado, que habla sin voz y que no es útil sino despues de su muerte.

Los transeúntes se burlaban de ellos y proseguían su camino. Los que se habían confina-

do al retiro no adelantaban mas; froiábanse la frente, mesábanse los cabellos, golpeábanse la cabeza; pero esto no hacia que saliera de ella la verdad deseada.

Algunos consultaron adivinos, que no dieron ninguna respuesta satisfactoria.

¿Quién se hallaba en gran cuidado mientras los jóvenes hacían tan difíciles pesquisas? Era la bella Rosalia. Temblaba al considerar que el descubrimiento pudiese ser hecho por otro que Pablo; ella amaba á Pablo como era amada por él. Si hubiera sabido la joven lo que pedía su padre, no hubiera dejado de revelárselo á su amante; pero ignoraba, como todos los demas, el secreto de que dependía su suerte.

Se concibe fácilmente que Pablo desearia grandemente descubrirle; sin embargo, no se encerró en una habitación solitaria, no detuvo á los transeúntes para inquirir de ellos lo que deseaba saber; no fué á consultar las hechiceras y adivinos; Pablo era un honrado maneebo, hijo de una pobre viuda, y no cesó un solo día de trabajar para mantener á su madre, á la par que meditaba en silencio para descubrir el secreto venturoso.

El padre de Rosalia recibió frecuentemente la visita de sus jóvenes vecinos, que iban con aire triunfante á ofrecer como regalo de boda todo lo que habían imaginado. Rosalia temblaba; con los ojos fijos en su padre esperaba la sentencia fatal, y no respiraba á su satisfacción sino despues de haber oído la invariable respuesta: «no es eso.»

El amante se retiraba con su regalo con melancólica lisonomía, despues de haber hecho una humilde reverencia á la ingrata Rosalia.

Un día que Pablo estaba en el campo ocupado en sus trabajos, una admirable mariposa fué á posarse cerca de él y llamó su atención. Aquella mariposa no se parecía á ninguna de las que habia visto hasta entonces; era de un tamaño extraordinariamente grande, tenía las alas azules, aterciopeladas, partidas en forma de corazón, de un rubio rojizo, y tenía en la cabeza una especie de penacho centelleante que se hubiese tomado por un ramo de diamante.

Luego que hubo dejado al joven que la admirase á su sabor, emprendió su vuelo y volvió cuatro veces á su alrededor, como para saludarle. Pablo, que no tenía en su imaginación mas que un pensamiento, dirigió la palabra á la maravillosa criatura, y la dijo:

—Bella mariposa, ¿no eres tú alguna hada compasiva que se apiada de mí pena, y que vienes á enseñarme lo que tanto deseo saber? Si he adivinado con exactitud, ven, te lo suplico, á posarte sobre la mano que te presento, y está segura que no abusaré de tu confianza.

Apenas Pablo concluyó de hablar y estendió la mano derecha, cuando la mariposa fué á posarse en ella. Balaceaba suavemente sus brillantes alas, y miraba fijamente al joven aldeano, quien añadió:

—Me has comprendido, bella mariposa. ¿Podrás sacarme de mi afliccion?

La mariposa hizo un signo afirmativo con su linda cabezita y su encorvada trompa.

—Pues bien, replicó Pablo lleno ya de esperanza, sé mi guía; yo seguiré tus huellas por todas partes, hasta que haya encontrado el tesoro que pide el padre de Rosalia.

Cuando acababa de hablar, la mariposa voló dulcemente á fin de que Pablo pudiese seguirla, y se dirigió hácia la pradera, donde se paró sobre la primera flor.

—Paciencia, dijo Pablo para sí; preciso es que un viajero de esta especie haga algunas paradas; esperaré hasta que cambie de sitio para seguirla.

Pero la mariposa no se movía; Pablo volvió á comenzar sus suplicas. Entonces su guía se puso á revolotear al rededor de la flor, y luego, elevándose de repente hácia el cielo, á la manera de las alondras, descendió como una flecha desde lo alto de los aires sobre la flor que había abandonado.

—¿Cómo? exclamó Pablo con disgusto, ¿no marcharemos de aquí? Genio admirable, yo te conjuro continuemos nuestro camino, y me muestras lo que hay sobre la tierra de mas antiguo y de menos duracion...

Al articular estas palabras, Pablo, como advertido por una súbita inspiracion, se golpeó vivamente la frente y exclamó:

—¡Lo he encontrado! ¡Es eso mismo! Y corriendo hácia la flor que la mariposa había abandonado como para atraerle, la cogió y la oprimió contra su corazón.

Habiéndose detenido la mariposa sobre una flor inmediata, Pablo la cogió tambien. En ciertos momentos recorrieron toda la pradera, y el joven pudo observar que su guía, no habiéndose detenido dos veces sobre la misma especie de flor, le había compuesto con un gusto perfecto un ramillete de flores silvestres, el mas lindo que se pudiera ver.

Llegados al fin de la pradera, la mariposa voló de nuevo cuatro veces alrededor de Pablo; luego, elevándose en espiral por encima de su cabeza, desapareció en el cielo.

Lleno de una alegre esperanza, corrió el hijo de la viuda á casa del padre de Rosalia, y presentándole el ramo á la joven doncella, dijo al padre que se sonreía ya:

—Las flores han precedido sobre la tierra á los frutos: nada es mas antiguo que la flor: nada es tambien menos doradero; se admira á las flores sobre todas las cosas y se las trata con crueldad; la mano las coge, el hoz las siega sin piedad; hablan sin voz, porque son para los amantes un secreto lenguaje; en fin, para que sean útiles, es preciso que el diente del ganado ó el hierro del segador haya cortado su vida.

El padre de Rosalia dijo á Pablo tendiéndole la mano:

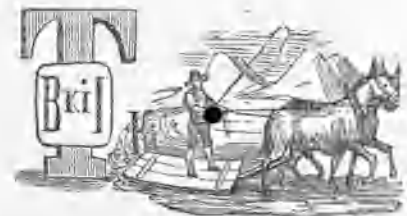
—¡Sed mi yerno! Dareis á mi hija el regalo de boda que he pedido para ella.

LAS PIPAS DE ESPUMA DE MAR.

Es una creencia muy generalmente admitida, que esas lindas pipas blancas tan estimadas de los fumadores, y que se designan bajo el nombre de espuma de mar, son realmente la espuma de la mar, como si pudiese producir chocolate fuertemente contra las rocas, una materia de esta especie.

La sustancia con que se fabrican estos utensilios se encuentra en la tierra; se la denomina *magnesita*, y está compuesta de 52 partes de sílice, 23 de magnesia y 25 de agua. Se encuentra en muchos sitios de España, Francia, Piamonte, Asia Menor y Grecia. La especie más estimada proviene de las cercanías de Kilschick, en la Anatolia. Sirve para fabricar esas magníficas pipas que solo se encuentran en Oriente.

LOGOGRIFO.



SOLUCION DEL LOGOGRIFO INSERTO EN EL N.º 51.

Los acontecimientos de Italia llaman la atención de Europa.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.